

Palabras del Excmo. Sr. D. José María Serrano Sanz

JOSÉ BAREA, *IN MEMORIAM*

Inconfundible. Así era nuestro José Barea. Su pelo lo delataba de lejos, dándole ese aire de sabio despistado, de personaje genialoide, que lo acercaba a Einstein o a otro gran andaluz, Antonio Flores de Lemus. En la distancia corta lo retrataban su entusiasmo y su aire ingenuo. Pero no conviene llamarse a engaño con su mirada bondadosa. Si era necesario, siempre estaba presto a convertirse en un rocoso guardián de la ortodoxia hacendística.

José Barea pertenecía a una generación de españoles que creía firmemente en el servicio público. Un servicio público en el cual la honradez era un ingrediente fundamental, como lo era el propósito de modernizar la sociedad española. En esta hora de tribulaciones, cuando parece que tantos han puesto las virtudes públicas al servicio de vicios privados, conviene volver la vista hacia ejemplos como el de nuestro homenajeado y hacia otros compañeros de generación y afanes, como Enrique Fuentes Quintana, Fabián Estapé o Ángel Rojo, por citar sólo a otros economistas que ya no están entre nosotros y compartieron también su condición de académico. Cuando el riesgo de desánimo colectivo acecha, una sociedad se debe rearmar moralmente con la evocación de los mejores, con el recuerdo de aquéllos cuyo ejemplo ennoblece.

La hacienda pública española fue el terreno donde Barea se movió toda su vida, con familiaridad completa. No podía ser de otro modo, porque recorrió el escalafón de funcionario, desde su primera y modesta oposición de 1941, hasta el desempeño de numerosos altos cargos en el Ministerio. Pero además, no vivió la hacienda pública desde la limitada, aunque siempre rica y útil, perspectiva del hombre práctico. Fue también un gran estudioso de la materia, como muestra su condición de catedrático.

Acaso por ese temprano origen de funcionario, eligió como especialidad en la hacienda, el siempre oscuro y difícil, pero utilísimo, ámbito de la contabilidad pública. Nadie la dominó como él, ni en su vertiente práctica, ni en su traducción académica, aquella terrible y mítica asignatura Organización, Contabilidad y Procedimientos de la Hacienda, popularmente OCPH.

Ese doble conocimiento del mundo de la contabilidad pública —el de quien domina la teoría y ha estado al tiempo a pie de obra— le sirvió para cerrar todas las puertas al descontrol de los recursos públicos cuando tuvo responsabilidades. Por eso el sello de Barea está en muchas de nuestras leyes y normas presupuestarias. Por supuesto, pueden ustedes imaginar que se trata de aquéllas que son más exigentes para los gestores.

Con estos precedentes, el cargo de Director de la Oficina del Presupuesto de la Presidencia del Gobierno en tiempos difíciles, no pudo tener mejor responsable. Barea era plenamente consciente de que el control del gasto público reclamaba unos presupuestos realistas y bien elaborados, pero además, cerrar todos los portillos por los cuales se producen deslizamientos. Ni políticos, ni funcionarios, ni automatismo alguno, debían poder superar los techos de gasto establecidos. Así se consiguió el cumplimiento de las condiciones de Maastricht, a pesar de los dudosos antecedentes de la hacienda española en los años inmediatos.

Y paso ya a la otra faceta de José Barea a la que deseaba referirme. Él no fue sólo un severo hacendista y gestor cualificado y cuidadoso de los intereses generales, con ser esto mucho. Hemos dicho ya que tenía además una gran capacidad para la reflexión y su paso por nuestra Real Academia es una muestra viva de esta otra virtud. Ingresó en la Real Academia el 16 de diciembre de 1997 y ocupó la Medalla número 22, que había pertenecido a ilustres economistas. El primero, en el momento mismo de la fundación, fue Laureano Figuerola y el inmediatamente anterior a Barea fue Joan Sardá.

Barea fue un académico ejemplar. Indefectiblemente, los martes lo encontraba uno sentado en su sillón de la sala de sesiones. Incluso en los últimos años, cuando cualquier movimiento le exigía enormes esfuerzos, aparecía siempre con su sonrisa y su cordialidad, sin alardear de sacrificios. Asistía a las sesiones con regularidad y espíritu participativo, interviniendo con frecuencia en los debates.

Dejó además una veintena de intervenciones propias, que son un testimonio de las cuestiones que le preocuparon a lo largo de los diecisiete años en que fue académico. Y también un catálogo de aquellos problemas de verdadero interés para la sociedad española, a cuya solución quería que la Academia contribuyese. Como mandan nuestros Estatutos, por cierto.

Como ustedes supondrán, dada su especialización, predominaron las cuestiones económicas, aunque no fueron las únicas. Por ejemplo, en 2011, se ocupó de los resultados de PISA y la educación en España. Entre los temas económicos, los problemas de disciplina presupuestaria y control del déficit público fueron, como era de esperar, los favoritos. Empezando por su Discurso de ingreso, cuyo título resulta bien expresivo: “Disciplina presupuestaria e integración de España en la Unión Monetaria”. Las consecuencias económicas del envejecimiento, la sostenibilidad de las pensiones, la estabilidad presupuestaria, los problemas de la hacienda europea,... En fin, todo esto seguramente no consti-

tuye una novedad para ustedes, porque conocen tan bien como yo que “el santo temor al déficit” estaba impreso en el corazón de Barea, al menos tan indeleblemente como en el de Don José Echegaray.

Permítanme por todo ello que me refiera a otros trabajos del profesor Barea presentados en su momento en esta Real Academia. Trabajos en los que anticipaba la gravedad de la actual crisis económica española y trataba de llamar la atención sobre los cambios que eran imprescindibles para evitarla. Y déjenme que haga antes, a propósito de ello, una breve digresión.

Una de las críticas que con más frecuencia se vierten sobre los economistas es que no saben anticipar el futuro. La crítica tiene una versión jocosa: “los economistas gobiernan la economía como quien conduce un coche con el cristal delantero tapado y mirando sólo al retrovisor” y otra más cruda: “son inútiles, porque sólo saben predecir el pasado”. Hemos de ser condescendientes con quienes así opinan, porque semejante visión sólo es fruto de una doble ignorancia. Primero, predecir está fuera del alcance de los humanos; es más, en *Miseria del historicismo* Karl Popper ya alertó contra los científicos sociales que se erigen en profetas. Segundo, esto no es incompatible con el hecho de que los mejores de ellos sean capaces de anticipar adónde conduce el rumbo que una economía o una sociedad han adoptado. Otra cosa es que una sociedad ebria de euforia no atienda a tales augurios.

Pues bien, bastantes economistas españoles, y entre ellos señaladamente José Barea, alertaron de forma temprana sobre el camino equivocado que llevaba la economía española antes de la crisis y acerca de las nefastas consecuencias que de ello se derivarían. Explicaron que la gravedad de la crisis venidera sería proporcional a la entidad de los errores que se estaban cometiendo en la expansión. Incluso señalaron las rectificaciones que eran imprescindibles para evitar el hundimiento previsto.

Visto donde estamos, no es necesario añadir que el fruto de tales admoniciones fue completamente nulo, pero la justicia exige recordarlas, para que quienes ahora las desconocen, sean cuando menos prudentes en sus manifestaciones. Les daré solo tres muestras, y, por supuesto, no incluiré sus críticas a la indisciplina presupuestaria, por ser sobradamente conocidas.

En fecha tan temprana como el otoño del año 2000, veía ya Barea que la economía española se hallaba navegando en un rumbo equivocado. En su intervención en esta casa sostenía entonces que era el exceso de demanda interna lo que conducía al desequilibrio exterior. Subrayaba también que España se estaba alejando del cumplimiento de los criterios de convergencia nominal, con una inflación diferencial que acabaría creando serios problemas. Además, señalaba la rigidez en la regulación del mercado de trabajo y las carencias en la liberalización de los mercados de bienes y servicios como factores que estaban limitando el crecimiento equilibrado.

En 2002 habló sobre “El pacto de estabilidad y crecimiento y la política presupuestaria española”. Alertó sobre la falta de instrumentos de ajuste que tenía España en el seno de la Unión monetaria y la necesidad, derivada de ello, de recuperar los prudentes equilibrios macroeconómicos. Si llegaba una crisis severa, anticipaba Barea, un aumento del paro proporcional a la gravedad de la misma sería la única y muy dolorosa vía de ajuste al alcance de la economía española.

En noviembre de 2006, cuando aún faltaban casi dos años para la quiebra de Lehman Brothers, se preguntaba Barea: “¿Es sostenible la financiación del déficit exterior español?” Su respuesta era, inequívocamente, no. Repasaba allí los desequilibrios continuados de la balanza de pagos desde 1999 y su reflejo en el deterioro de la Posición de Inversión Internacional Neta de España. Concluía que un cambio en la percepción de los prestamistas extranjeros sobre la calidad de los activos españoles pondría en riesgo a nuestro muy dependiente sistema financiero y al entero modelo de crecimiento basado en la construcción. Exactamente lo que sucedería apenas dos años después.

Puede pensarse que estas eran lucubraciones académicas, que no sobrepasaban los venerables muros de la Torre de los Lujanes. De manera que los políticos, los medios de comunicación y la opinión pública, al no tener la fortuna de escuchar al profesor Barea aquella tarde se pueden sentir libres de toda responsabilidad. No tomaron decisiones o no exigieron cambios porque nadie les dio noticia de estas advertencias. Pueden escudarse en que no leen nuestros ignotos *Anales* y por eso seguían sosteniendo que los pobres economistas sólo hablan a toro pasado, si se me permite el guiño taurino.

Pero no hay tal. José Barea pertenecía, ya se ha dicho, a una generación singular. Una generación que sentía como propia la responsabilidad de enderezar el porvenir de España y legar a las generaciones futuras un país mejor que el recibido por ellos. Era una generación consciente de la necesidad de ganarse continuamente a la opinión pública, ejerciendo una suerte de liderazgo moral e intelectual; una generación con una ejecutoria irreprochable y dispuesta a hacer un esfuerzo permanente por explicar las elecciones más racionales y convenientes para todos. Una generación ¡ay! que ya empezamos a echar de menos.

Por eso el profesor Barea se esforzaba, de manera infatigable, en trasladar estas ideas a la opinión, a través de innumerables conferencias y también por el conducto de los medios de comunicación. La radio, la prensa escrita o la televisión fueron escenario de numerosas intervenciones, con las que intentaba multiplicar los ecos de sus palabras. Fueron intervenciones en las que llamaba a la moralidad pública, las reformas de la legislación económica y la sensatez en la administración de los recursos colectivos. Estoy seguro de que el mejor de los homenajes para José Barea sería saber que sus palabras han sido finalmente escuchadas.

He dicho